

MORENO, FELIÚ, PAZ (2010). *Encrucijadas Antropológicas*. Madrid: Editorial Universitaria Ramón Areces y UNED, 1ª Edición, 380 pp.

David Florido del Corral

Universidad de Sevilla

Grupo de Investigación GEISA

La catedrática de Antropología Social de la UNED (Universidad Nacional de Educación a Distancia), Paz Moreno, nos vuelve a ofrecer en *Encrucijadas Antropológicas* una aportación bibliográfica original con la intención de facilitar el trabajo a los estudiantes inmersos en su iniciación a la disciplina, siguiendo así la senda ya iniciada con el *reading* sobre Antropología Económica (Moreno Feliú, 2005). Como reconoce la autora en la introducción, la obra viene a superar el enfoque dominante en los manuales al uso, todos de origen norteamericano (Harris, Kottak, Bohannan, por citar tres ejemplos recurrentes), en el que se ofrecía un enfoque caracterizado por ofrecer una organización temática escolástica, a la que le faltaba una problematización más profunda de algunos de los objetos y debates predilectos de la Antropología. Un hojear sobre el índice nos permite apreciar una voluntad de equilibrio en cuanto a sus contenidos: la primera parte se dedica a reflexionar sobre la evolución del objeto de estudio y la reflexividad del quehacer del antropólogo, que significó un vuelco al modo de hacer la práctica y la teoría antropológica (capítulos uno al tres). La segunda se centra en las complejas y multifacéticas relaciones entre los antropólogos y los “primitivos” en un entorno de

economía política colonial (capítulos cuatro al seis). En este punto, el lector ya puede sentirse satisfecho, porque tiene acceso a una comprensión cabal sobre la evolución teórico-metodológica de la Antropología, desde un análisis denso y que persigue hacer comprensible sus muchas variaciones. A partir de ese momento, el libro se vuelca en los procesos de construcción de las desigualdades e identidades sociales, desde las sexuales a las raciales (capítulos siete al nueve); mientras que, particularmente novedosa, la cuarta sección se centra en la confrontación del discurso antropológico con las prácticas genocidas y etnocidas y su controvertida relación con los derechos humanos (capítulos diez al doce). Es esta segunda parte donde adquiere el libro una vocación política y ética de gran calado, y donde la novedad de la propuesta brilla con más fuerza.

Nos atreveríamos a decir que la denuncia de prácticas de dominio, abuso, formas de jerarquización, exterminio, todas ellas como resultado de los órdenes socio-simbólicos y de poder contruidos por las diversas sociedades, del pasado y en la actualidad, es la misión fundamental de *Encrucijadas Antropológicas*. Si admitimos con Marx que el hombre (y la mujer) son creadores y productos a un tiempo de las relaciones sociales con que se va constituyendo la historia y, con Weber, que aquéllos viven inmersos en tramas de significación que ellos mismos ha tejido, podríamos afirmar que el principal objeto de la obra es desvelar algunos de los mecanismos simbólicos, políticos y económicos a través de los cuales las tramas de significación y las relaciones sociales se convierten en oprobiosas cadenas de dominación. El paladar a la finalización de la obra destila un sabor amargo, y uno acaba por preguntarse si las sociedades no han producido otros universos, otras gramáticas y otros horizontes culturales al margen de la voluntad de dominación. Es evidente que sí, pero no podemos achacarle a Moreno Feliú que los deje en la sombra porque el propósito de la obra es llamar a rebato a las conciencias de los estudiantes y de los colegas. Imaginamos que su conclusión debe haber tenido un efecto de catarsis sobre la propia autora, y sería un excelente síntoma que tuviese un efecto análogo entre los lectores.

El estilo en absoluto es grave ni altisonante. El punto de vista es externo y con una acendrada tarea analítica, lo que permite ir hilando las aportaciones de un buen número de colegas con la intención de hacer descubrir al lector las tramas de la explotación. Este modo de proceder evita uno de los males comunes en cierta producción académica comprometida; a saber, un adoctrinamiento que pasa demasiado pronto a los hechos sin preocuparse demasiado por sustentar sus propuestas con los necesarios debates teórico-metodológicos de fondo. Por tanto, en ese viaje por diversas antropologías, somos conducidos sin estridencias de la mano de antropólogos y antropólogas —y es de destacar el esfuerzo particular en sacar a la luz las aportaciones de autoras como Powdermaker, Douglas o Massey (geografía)—.

Debemos admitir cierta desigualdad en la presentación y en la claridad de las

exposiciones de los diversos capítulos. Entre los más conseguidos podemos utilizar como paradigma el capítulo primero—“los nombres de la antropología”—, donde Paz Moreno ofrece un recorrido por las principales tradiciones nacionales clásicas de la disciplina (estadounidense, germana, británica y francesa, más un breve apéndice de la española). No es un texto para conocer el detalle de las teorías y debates conceptuales—no hace falta para una obra de introducción—, pero sí para comprender a los autores y sus aportaciones en su contexto profesional y de economía política. Especialmente valioso es el acercamiento a los entornos universitarios de cada foco, las revistas, los gabinetes y organizaciones que vieron nacer y desarrollarse los maestros y sus epígonos, en un verdadero ejercicio de holismo que nos conduce a la trastienda de las relaciones personales de los autores: sus aspiraciones, sus veleidades, incluso sus muertes... Todo ello ayuda a una comprensión cabal de los contenidos y evoluciones de cada corriente. En esta breve reconstrucción también se da cumplida cuenta de la evolución metodológica que avanza desde los cuestionarios completados por los agentes coloniales hasta el ideal de convivencia y competencia lingüística del trabajo de campo, progreso que sirve para explicar la aparición de los dilemas éticos y la preocupación por el *otro*. Queda pendiente una tarea análoga para las otras antropologías que no suelen aparecer en los manuales: rusa, portuguesa, latinoamericana, o la de los territorios colonizados intensivamente desde el siglo XIX. Quien quiera que asuma el desafío, porque el modelo de Paz Moreno es excelente.

También en el capítulo undécimo, centrado en la limpieza étnica, la autora demuestra su maestría para conectar las aportaciones teóricas sobre conceptos como la pureza y la impureza con modelos históricos de segregación racial y étnica, como el hispánico durante el Antiguo Régimen (de indudable éxito a la vista de los resultados), o como el antisemitismo del régimen nazi. La comparación entre ambos procesos es clarificadora para ilustrar el concepto de etnocidio y genocidio, que la autora atribuye en exclusividad a los estados modernos, así como para mostrar la biologización progresiva en la construcción de la desigualdad, hasta convertir la política en biología aplicada mediante la nueva ciencia de la higiene racial, resultado de la confluencia de ideas médicas, legales y políticas al servicio de una utopía social radical y desastrosa.

Por el contrario, parecen algo más inasequibles, por sintéticos, los capítulos sexto o noveno, cuyo conceptismo puede resultar excesivo. En este último, dedicado al racismo, la condensación de aportaciones, argumentaciones y debates es de tal complejidad que dudamos pueda servir como orientación al neófito, a pesar de que sus ideas generales son necesarias y deben ayudar a deconstruir las formas actuales de desigualdad: el racismo es una ideología y una praxis que aparece en el contexto de desarrollo de la ciencia biológica, promoviendo por tanto una lectura del orden social en términos biológicos. Retomando la tesis de Dumont en *Homo aequalis*, defiende que es el universo cultural de la ideología

político-económica de la igualdad, un mundo nuevo que adviene con la modernidad occidental, el que, paradójicamente, reclama la intervención del orden biológico para justificar las desigualdades, que ya se presentan como naturales, y por tanto universales, estables e incuestionables. Las metáforas orgánicas se apoderaron de los discursos sobre la sociedad, la historia y la cultura, pero despojados de su carácter metafórico. Este ejemplo es un botón más de, posiblemente, el eje maestro que atraviesa toda la obra, a saber, la relación cultura-naturaleza, y la diversidad de lecturas, prácticas y orientaciones que socialmente se van tejiendo para poner en relación estos dos órdenes, naturaleza y cultura, que en el devenir del pensamiento occidental se llegan a concebir como ámbitos delimitados y separables, favoreciendo así su esencialización.

En relación con los aspectos formales hay que destacar que el manual está diseñado como una guía para favorecer el aprendizaje autónomo. Los contenidos de cada capítulo son reflexiones de amplio espectro, que dan acceso tanto a autores conocidos (Redfield, Mead, Lévi-Strauss, Roseberry, Wolf, Dumont, Bauman, por ejemplo), como a otros que aparecen menos en las obras de referencia (Powdermaker, Kenyatta, Jean y John Comaroff, Leakey, Mandani). Es de celebrar la extensa bibliografía, que aporta recientes aportaciones, tanto en relación a obras de referencia—valga el trabajo de Herzfeld (2001) o la historia de la teoría antropológica de Kuklick (2008)—, como en relación a estudios monográficos sobre las diversas temáticas tratadas en el libro. Estas reflexiones genéricas permiten aflorar debates teóricos acerca de los diversos tópicos que, de otro modo, serían difícilmente accesibles al lector. En este sentido, la obra puede ayudar no solamente al estudiante sino también a colegas y profesores: tal es la complejidad de algunos de los asuntos planteados. Pero es evidente que el esfuerzo de Moreno Feliú se dirige a facilitar el aprendizaje independiente guiado, de ahí el despliegue de diversos recursos didácticos en los denominados *seminarios virtuales* a la finalización de cada sección: sinopsis temática de cada capítulo; ejercicios de comentarios de textos; acceso traducido a los conceptos *naturaleza*, *cultura*, *clase* y *violencia* tratados por Raymond Williams (1976) —por cierto, no aparece citado en las referencias bibliográficas— y propuestas de lecturas complementarias (antropológicas y más allá) y de visionado de películas. Es muy de agradecer, y éticamente expresa el compromiso de la autora con la Antropología y con su trabajo, su empeño en poner al servicio del lector-estudiante lo que ella ha ido aquilatando en su trayectoria profesional, académica y personal. A ello se suma la colección de textos de la última sección, que vuelve sobre las preocupaciones básicas del libro pero desde una orientación netamente política y práctica, para hacer reflexionar a los lectores sobre cómo enfrentarse al encontronazo entre culturas: etnocentrismo y diferencias culturales, derechos humanos y etnocidio. Las diversas viñetas etnográficas que salpican el texto permiten mostrar cómo se produce teoría sobre referentes empíricos: las diversas lecturas de Tepoztlán, desde Redfield a Roseberry pasando por Lewis; las acusaciones de vampirismo de los bamba de Zambia contra los padres blancos; el uso de los indios de Norteamérica en la industria del western; las matanzas de tutsis; las

prácticas de mutilación genital en distintas sociedades africanas; la limpieza de sangre en la monarquía hispánica o los pogromos genocidas del siglos XX, entre otros. Algunos de estos casos, además, ayudan a que el estudiante pueda aprender a debatir sobre algunos de los casos más hirientes y conflictivos en los que se ven inmersas las prácticas culturales. Cabe lamentar algunas erratas innecesarias (Demócrito por Demófilo; Tucídides por Tucídides) y se echan en falta pies de foto en las seleccionadas, y pertinentes, ilustraciones de la obra; pero estos aspectos, del todo secundarios, no deben empañar el buen sabor que deja la lectura de este trabajo. En un plano más teórico, no compartimos con la autora la noción de los conceptos *etic* y *emic*, siguiendo la propuesta de Harris: aquello como la conceptualización teórica de la disciplina y esto como las categorías y representaciones *folk* de los sujetos estudiados.

Permítasenos destilar, para concluir, las que nos han parecido sus aportaciones fundamentales: en primer lugar, la antropología es una disciplina que evolucionó significativamente desde el primitivismo de sus orígenes modernos a la teoría reflexiva sobre las relaciones interculturales, pasadas y presentes, en un trayecto que fue posible gracias a varias revoluciones metodológicas. De éstas, la más destacada en la actualidad es la concepción de las tramas culturales como sistemas globales y locales, resultado de dinámicas históricas económicas, políticas e ideológicas, a lo Wolf, cuya plataforma fundamental es el colonialismo. Así se avanza desde el hecho social total al *hecho histórico total* como ideal, realizable mediante aproximaciones relacionales, procesuales y sistémicas: éste debe ser el nuevo rostro del holismo. En segundo lugar: la producción antropológica es resultado de la sociedad colonial, así como lo es su objeto de estudio: primero las sociedades colonizadas; luego las colonizadoras, que se articulan en un único mundo, cuya complejidad suele ser pasada por alto. Como el mundo colonial es el resultado de la modernidad occidental, nuestra disciplina es una intrincada reflexión sobre la modernidad, destacando sus aportaciones, tanto teóricas como prácticas, para reflexionar sobre algunos de sus monstruos, como el sexismo, el etnocidio y el genocidio. Éstos últimos han de vincularse al estado nacional y a sus prácticas económicas y políticas de dominación, y a las fórmulas de justificación ideológica, entre las que la biología pseudocientífica ha ocupado un papel relevante. Así le ha ocurrido también al sexismo, la única de las lacras que no aparece vinculada en la obra a la modernidad, aunque haya gozado de los mismos mecanismos de justificación ideológica a través de la naturaleza. Lo que terminamos por aprender es que la naturaleza no debe interesarnos más allá de los órdenes simbólicos que la organizan; que la sociedad no puede descansar en ningún universo trascendente, ni divino ni natural, y que estamos condenados a entender, en lo teórico, y a saber operar en, en lo práctico, la extraordinaria “*máquina autopoietica que es la cultura*” (Álvarez y Tyrtania, 2010: 245).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ÁLVAREZ, José y TYRTANIA, Leonardo (2010) “Notas sobre el acertijo *natura/cultura*. Las lecciones de la teoría de sistemas”. En Díaz Cruz, R. y González Echeverría, A. (Coords.) *Naturalezas, cuerpos, culturas. Metamorfosis e intersecciones*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 227-247.

DUMONT, Louis (1982) *Homo aequalis: génesis y apogeo de la ideología económica*. Madrid: Taurus.

MORENO FELIÚ, Paz (2005) *Entre las gracias y el Molino satánico. Lecturas de Antropología Económica*. Madrid: UNED.

WILLIAMS, Raymond (1976) *Keywords: a vocabulary of culture and society*. New York: Oxford University Press.